

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. *Problemas literarios*, colección literaria Obregón, México, 1955. 226 pp.

PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

Fundando sus juicios en experiencias propias y en el concienzudo estudio de la ciencia literaria, José Luis Martínez ha escrito esta serie de ensayos que hoy reúne en volumen. Existe en el libro, por lo tanto, una lógica coherencia, desde el momento que, desde ángulos distintos, se analizan los hechos que configuran el mundo de lo literario, su problemática. Martínez aspira —él también— a tener un conocimiento menos nebuloso del oficio literario. De ahí se desprende ¡y se entiende! la sosegada, fría y lúcida pasión que ha puesto durante años en la tarea de desentrañar estos problemas.

Dueño de una aguda conciencia de los procedimientos técnicos que hay que poseer para poder realizar una función crítica a fondo, no sobre la periferia de las obras, Martínez sostiene que ella, la crítica, no debe de estar limitada a la intuición personal y a métodos individuales sólo aconsejados por el sentido común. La crítica literaria, en México, deberá hacer suyos los nuevos métodos de la estilística, para poder superar una realidad donde sólo de manera excepcional se han utilizado. Habrá que superar los conocimientos más o menos sagaces, pero intuitivos, que sobre la forma de realizar la tarea crítica se posean, haciendo de ella una función donde el método, el rigor y la precisión sean lo fundamental.

No cree JLM en los arrebatos de la inspiración, ni en la improvisación —de clara estirpe romántica— sino más bien preconiza, baudelaireamente, las virtudes y ventajas del rigor, del oficio que debe poseer todo escritor para salir airoso en las obras por él emprendidas. Afirma que los escritos debemos hacerlos como los zapatos y las catedrales: eficaz y armónicamente dispuestos. El drama, la novela o el poema los entiende como un edificio, donde cada piedra (¡cada palabra!) debe estar colocada respondiendo a un estricto plan de creación. Lo literario es entendido plásticamente: como un cuerpo.

Esta posición nos parece la más justa, pues los innumerables males que padece la creación literaria en nuestro tiempo arrancan de la falsa posición, en que se han colocado nuestros escritores que creen ingenuamente que todo lo tienen dentro de la cabeza y que, por lo tanto, es innecesario el estudio, el método, el amplio conocimiento de la mecánica del lenguaje para poder crear

Cuando un hombre ha vivido más de cuarenta años, cuando ha recorrido mundo, cuando ha tratado gentes de pro, parece deber suyo contar su vida, escribir sus recuerdos. Así lo aconsejaba el orífice u oribe cuyo nombre está ahora en la punta de tu lengua, lector. Cuando un hombre ha acumulado demasiada miel, digo experiencia, debiera contar su vida, para regocijo y enseñanza de sus semejantes. Esto es lo que me ocurre pensar siempre que oigo a don Manuel J. Sierra, un hombre tan enterado, tan rico de experiencia, tan nutrido de recuerdos de México de los últimos cincuenta años. Eso es lo que reprocho a Ignacio Cumplido: el no haber referido a sus pósteros todo lo que supo de los escritores y artistas de su tiempo; de lo que les oyó contar en su imprenta, en su periódico, mientras corregían las pruebas de sus libros, mientras escribían sus crónicas y artículos.

Voy a ver si puedo reconstruir una plática que hace algún tiempo me hizo don Manuel J. Sierra. El culto por Cuauhtémoc, amigo Henestrosa, dijo más o menos, no es cosa nueva: por el héroe indígena se ha tenido devoción desde el siglo XVI, no sólo por lo indios sino hasta por los criollos y peninsulares, y con más razón por los mestizos. A principios del siglo, allá por el año de 1906, se presentó en el Teatro Fábregas una obra de Tomás Domínguez Illanes titulada Cuauhtémoc o el mártir de Izancanac. Drama histórico. Hacía el papel de Cuauhtémoc, Ricardo Mutio y el Tellepanquetzal, Francisco Cardona. La obra se desarrollaba sin tropiezos, con la entrega total del público. Pero al llegar el momento del tormento, ocurrió algo inesperado, mejor dicho, dos cosas inesperadas: Cardona, vencido por el cansancio, o quizá por haber tomado demasiado vino, se quedó dormido. Y Mutio tuvo que hacer solo el diálogo entre Cuauhtémoc y el de Tellepanquetzal. Cuando el rey de Tacuba, vencido por el dolor, volvió los ojos al emperador mexicano, en son de queja, buscando alivio, Cuauhtémoc leyó en aquella mirada y dijo la frase que todos saben, pero que no debió ser esa sino una parecida. Por ejemplo, "¿Estoy acaso en un baño tibio, en un temascal?"

Al llegar, pues, el momento de quemarle los pies al héroe indígena, el público en masa se puso en pie y comenzó a gritar: "¡A Cuauhtémoc no! ¡Qué quemen al gachupín!" Y tal la rechifla, que los actores se vieron obligados a introducir aquella modificación, con la cual se siguió representando durante toda la temporada.

La moraleja, sería, pues, la siguiente: Es tanta la devoción por el héroe indio, que nuestro pueblo, aun contra la opinión de los sabios, aceptó desde el primer momento como auténticos los hallazgos de doña Eulalia Guzmán. Y seguirá creyendo en el héroe epónimo por encima de todos los dictámenes que vengan a sostener lo contrario.

¿No cree el lector, ante un testimonio como este, elegido entre los mil que pudiera darnos don Manuel J. Sierra que de acuerdo con el consejo de Cellini, ya era hora de que empezara a contar sus memorias? No hacerlo es robar a los mexicanos de mañana no sólo un mundo de cosas deleitosas, sino uno de enseñanzas.

obras de importancia. Recordemos que Valéry se pronunció alguna vez en contra de las aparentes virtudes del "rapto", siguiendo en esto a Poe y Baudelaire, quienes siempre supieron hallar a la inspiración en el trabajo cotidiano.

Para Martínez, la literatura es siempre comunicación. Estudia las formas mentales co-

munes. Las que no lo son, las individuales, constituyen los estilos. Aboga por la naturalidad de la expresión, utilizando los recursos del lenguaje vivo del pueblo, al que llama el más rico y eficaz. Toda obra —se nos dice— llevará implícita una visión peculiar e intransferible del mundo. La técnica será un valor previo.

En su ensayo intitulado: "Problemas de la Historia Literaria" emprende la tarea de registrar algunos aspectos de la vida de la literatura; aspectos que el autor considera previos a la historia literaria propiamente dicha. Sobre el funcionamiento de la literatura, no sobre su función social. Se analizan, así, la vida de las promociones literarias, que constituye lo histórico-literario en cada época, vigencia literaria y criterio literario, objetivos de la historia literaria, los tres planos de la crítica literaria y, finalmente, como apéndice, una carta del escritor Alfonso Reyes dirigida al autor, donde exploya sus ideas en torno a estas disquisiciones.

En este volumen viene el ensayo que Martínez publicó en 1948, intitulado: "Situación de la literatura mexicana contemporánea". Fue, nos parece, un examen realista, objetivo, de la literatura mexicana moderna, lo que le valió una amplia resonancia polémica. No se hablaba en él de crisis, ni de decaimiento, sino más bien de un agotamiento de los impulsos que habían nutrido a las letras allá por el año de 1940. Hallaba el crítico un divorcio entre la vida y la literatura; los ideales no eran profesados más que con palabras; algunos escritores pronto substituirían sus ideas políticas por otras más productivas o menos peligrosas; los escritores vivían solamente atentos a su provecho y al de sus empresarios: "en cambio de la adhesión a la dictadura, en nuestros días (ellos, los escritores) sirven la adhesión a la ideología oficial del momento, la amistad de los poderosos o las complicidades políticas" (pp. 171-172); pocos se han interesado por los nuevos métodos críticos; la mayoría de los escritores han tenido una concepción absurda de las letras; etc.

El hablar de una manera tan sincera y realista le valió a JLM ser víctima de innumerables ataques de todo tipo.

Problemas literarios, nos parece, es el estudio más sistemático y coherente que sobre asuntos de esta índole se ha publicado en los años últimos en México. Nutrido en las enseñanzas de los maestros contemporáneos más eminentes de la ciencia literaria (Vossler, Borges, Spitzer, Bally, Dámaso y Amado Alonso, Lida, Reyes, etc.) Martínez ha realizado una serie de estudios que en el futuro serán obligada obra de consulta para todos aquellos que se dedican, en una u otra forma, al amplio y matizado mundo de la literatura.

R. L.